

---

## ¿por una sociología nietzscheana y freudiana? *la sociología después de un siglo de barbarie,* de helmut dahmer

soledad escalante beltrán

---

Buenas noches. Ante todo, quisiera agradecer al embajador de Austria, señor Gerhard Doujak, y al representante de la Fundación Ebert en el Perú, señor Ekart Wild, por hacer posible la presentación, en Lima, del libro *La sociología después de un siglo de barbarie*, del doctor Helmut Dahmer. Es, para mí, un grato honor presentar este libro del doctor Dahmer, a quien tuve el gusto de conocer personalmente el año 2003, cuando accedió a la invitación que le hicieramos en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya en el contexto de la presentación del *Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú*.

El libro está integrado por ocho ensayos expuestos en 1999, 2002 y 2003 en Lima. El volumen consta de los siguientes capítulos: «Visión panorámica», «Reforma de la sociología», «Crítica de la pseudonaturaleza», «La crítica nietzscheana de la moral y la ciencia», «La teoría freudiana de la cultura», «Xenofobia y violencia», «Liquidación del pasado en Alemania (y en el Perú)», «¿Terror sin fin?» y «¿Guerra contra el terror?». A lo largo de ellos, Dahmer muestra, de manera contundente, que las definiciones se modifican con el tiempo y se adaptan a los nuevos usos y cambios de la realidad y del lenguaje. No obstante, existen determinados paradigmas, como los derechos humanos, en los que cada cambio puede suponer un retroceso de siglos y la pérdida de logros cuya conquista ha costado muchas vidas y el paso por experiencias históricas traumáticas.

En los últimos tiempos, hemos podido presenciar la instalación de una retórica en el discurso sobre los derechos humanos que busca adaptarlo a los intereses particulares de cada momento. El informe de Amnistía Internacional del año 2005, publicado recientemente, denuncia este y otros hechos preocupantes que suponen un retroceso en el campo de los derechos y las libertades en el mundo contemporáneo. El gobierno más fuerte del mundo, el primer país en firmar una carta sobre los derechos del hombre, trata, ahora, de restringir la aplicación de los Convenios de Ginebra y de «redefinir» el concepto de

tortura. Busca, así, justificar el uso de técnicas coercitivas de interrogatorio, la práctica de mantener «detenidos fantasma» (es decir, personas no reconocidas en régimen de incomunicación) y la «cesión» o entrega de prisioneros a terceros países donde se sabe que se practica la tortura. En los centros de detención mundial, o los *gulag* de nuestra época, se viene consolidando la práctica de la detención arbitraria e indefinida, lo cual viola los principios del derecho internacional. Asimismo, los juicios ante comisiones militares han sido una lamentable parodia de la justicia y de las garantías procesales.

Si el país que más poder tiene dentro de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) desafía sus reglas fundamentales de actuación, se crea una pauta de comportamiento que los gobiernos a escala mundial imitarán, y se provoca un proceso de mimesis bajo una suerte de lema que señala que «todo está permitido». En definitiva, se desdibujan los límites de lo lícito y se propicia el sentimiento de que renunciar a lo irrenunciable es positivo y necesario si se hace por un objetivo de seguridad nacional o de lucha contra el terrorismo. Si no sentimos cada uno de estos retrocesos como un desgarramiento en nuestra piel, acabaremos sufriendo la pérdida de nuestras libertades más preciadas. Si nos mantenemos en silencio ahora, después, cuando suframos las consecuencias de esta retórica perniciosa en nuestras carnes, no podremos decir que no nos habían avisado. Las señales están ahí; las vemos constantemente.

El filósofo inglés Edmund Burke, citado por Kofi Annan, secretario general de la ONU, con motivo de la inauguración de la Asamblea General dedicada a conmemorar los sesenta años de la liberación del campo de concentración nazi Auschwitz-Birkenau, decía lo siguiente en el siglo XVIII: «Todo lo que necesita el mal para triunfar es que los hombres de bien no hagan nada». La pregunta es por qué los hombres de bien no hacen nada. Dahmer ensaya la siguiente respuesta: «Cuanto más insegura de sí misma está una colectividad o un individuo, tanto mayor es su necesidad de delimitación y de deslinde. Spinoza enseñaba que toda definición es una negación. Y bajo condiciones de riesgo de la autoafirmación, la identidad se encoge hasta convertirse en un atado de delimitaciones; se convierte en puramente negativa» (p. 59).

Según Dahmer, los prejuicios sociales hacen que los representantes adultos de cada cultura ejemplifiquen con su vida a quién, a qué y cómo amar y odiar. Marcan, así, las fronteras entre aquellos «como uno» y aquellos con los cuales el contacto es indeseado. La interiorización de este límite entre lo propio y lo ajeno es social; es, pues, un programa de aprendizaje cultural (p. 58). Este aprendizaje viene a ser, así, un ahorro: evita experimentar lo ajeno (p. 61). Quien emprende el camino de huida de la desrealización «se ahorra» el aprendizaje político-psicológico el trabajo de la identidad por medio de la división de la personalidad y la petrificación de la parte que queda separada (pp. 72-73).

El 9 de octubre de 2001, el doctor Salomón Lerner Febres, presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú (CVR), presentó en el discurso de inauguración del seminario «Tareas de la CVR. Fundamentos teológicos y éticos», una reflexión sobre la misión de este grupo de trabajo. Estas tareas pueden resumirse en dos preguntas que ayudan a comprender los terribles hechos de violencia padecidos por la sociedad peruana entre los años 1980 y 2000: en primer lugar, por qué ocurrieron los sucesos que el Perú hoy lamenta; en segundo lugar, qué debe cambiar en nuestra vida común para que tales sucesos no tengan la posibilidad de repetirse.

En su intervención en la audiencia pública, celebrada, en Ayacucho el 8 de abril de 2002, Primitivo Quispe dijo lo siguiente: «Entonces, mi pueblo era, pues, un pueblo, no sé... un pueblo ajeno dentro del Perú». Esta frase habla de un «otro país», un Perú ajeno en el cual es difícil unificar las experiencias y la memoria de la violencia de mundos tan distintos y muchas veces en conflicto, sobre todo cuando existen distancias culturales y educativas entre las víctimas invisibilizadas, pero no por eso menos reales, y el resto del país.

El 9 de agosto de 2003, con ocasión de la inauguración de la exposición fotográfica *Yuyanapaq*, el presidente de la CVR afirmó en su discurso lo siguiente:

[...] esta exposición constituye [...] un gran retrato que oponemos al rostro indiferente de nuestro país [...]. Las fotografías que aquí hemos reunido, rostros de pesar, cuerpos y espíritus martirizados, imágenes de abuso y humillación, no son en absoluto retratos de otros, seres ajenos de los que cabe compadecerse por unos minutos antes de seguir nuestro camino. Ellos, en su diversidad [...], expresan una realidad de nuestra Nación que ya no podemos ignorar por más tiempo y revelan la existencia del Perú tal vez con más fidelidad y [...] más urgencia que aquellas imágenes rutinizadas de nuestro país, piezas de museo, portentos arqueológicos, misterios icónicos, que se entregan en los folletos turísticos y en las enciclopedias.

Si en las audiencias se quería hacer llegar al país las palabras silenciadas del dolor, la exposición fotográfica quiso mostrar con detenimiento y respeto esos rostros que antes no se había querido mirar.

¿Cuál es, entonces, la tarea más importante que debe emprender la sociología hoy? Para Dahmer, es investigar el origen de las actitudes xenófobas y la mecánica de su adopción por parte de los individuos socializados y de las instituciones que perpetúan la desigualdad social y sobreviven incuestionadas a los baños de sangre. El sociólogo típico de hoy es un especialista políticamente no comprometido, aunque, en ocasiones, gana dinero con su «asesoría política» (p. 14). De este modo, sostiene Dahmer, la sociología contemporánea se desconoce a sí misma y desconoce su profesión. Su resultado es una sociología sin sociedad y sin historia (p. 22). Por eso, los ejércitos de científicos sociales en todos los países del Señor apenas pesan políticamente. Las pocas excepciones las constituyen los defensores de una ciencia social crítica que han sabido ganar mercedamente su prestigio.

Las ciencias sociales tienen por tema la cultura, lo revisable; una sociología que ya no cumple con la tarea de desmitificar el mundo social y que ya no se entiende a sí misma requiere de una revisión. Para ello propone Dahmer, por un lado, reintroducir en la reflexión sociológica a disciplinas que, con el paso del tiempo, se fueron tornando autónomas con respecto a la sociología (historia, economía, filosofía y psicología), y, por otro, dirigir la atención a teóricos críticos como Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud, que, según Dahmer, tendrían que ser incluidos entre los «clásicos» de la sociología. Con Nietzsche se trataría de instalar el «más acá» de modo tal que los hombres sean capaces de amar su vida finita, y por ello puedan dejar de masacrarse mutuamente. Con la teoría crítica de la cultura de Freud, que pronostica el paso de una cultura contemporánea a una barbarie moderna, se trataría de incidir en la perspectiva de los individuos que sufren la cultura o se quiebran bajo su presión. En *El futuro*

de una ilusión, que cita Dahmer, escribía Freud: «No necesita decirse que una cultura [como la nuestra] que deja insatisfechos e impulsa a la rebelión a tan grande cantidad de participantes no tiene perspectivas de durar ni las merece» (p. 49).

Theodor Adorno, a quien Dahmer hace referencia en su libro en más de una ocasión, escribió en *Dialéctica negativa* lo siguiente: «Quien defiende la conservación de la cultura, radicalmente culpable y gastada, se convierte en cómplice; quien la rehúsa fomenta inmediatamente la barbarie que la cultura reveló ser» (p. 367). Si incorporamos el horror de una cultura culpable como parte de nuestra experiencia, tendremos que prepararnos, entonces, para afrontar y «digerir» nuevos horrores.

Dahmer propone una repolitización de la sociología como teoría y como investigación empírica, sin entregarla por ello a partidos y movimientos que requieren, más bien, de su crítica:

Propongo que los científicos sociales que no capitulan ante el poderío de la sociedad existente y estén dispuestos a dedicar parte de su tiempo laboral y vital a investigar problemas contemporáneos intocables, organizarse internacionalmente [...]. La tarea de estos intelectuales trabajando en las ciencias sociales sería no solo la organización de proyectos de investigación de temas de actualidad [...] sino también la presentación de nuevas ideas resultantes de tales investigaciones a la opinión pública no solamente universitaria sino sobre todo a la extrauniversitaria (p. 29).

Si la sociología quiere contribuir a solucionar los enigmas de la actualidad, los sociólogos tendrán que reaprender de sus «clásicos» ya reconocidos y de los aún por reconocer a analizar lo histórico y psicológicamente «dado», a reconocer en ello la expresión de una vieja, siempre repetida historia de calamidades y el potencial de un futuro que no se parezca a ese pasado (pp. 37-38).

La ciencia social que sirva de algo tiene la tarea de hacer comprensible lo incomprensible. Quien se aterra ante los campos de exterminio, los campos de detención o los campos de tortura, quien se aterra ante Auschwitz, Lucanamarca, Socos, Abu Ghraib o Guantánamo, debe traducir su horror en una voluntad de aprender. En memoria de las víctimas humanas y de los genocidios, sostiene Dahmer, tenemos que hacer todo lo necesario para impedir futuros crímenes y futuras guerras. Cultivar la intolerancia ante el olvido y la amnesia institucionalizada, así como ante la tortura, la guerra y la miseria, son tareas de una pedagogía política acorde con los tiempos. Al respecto, Dahmer dice lo siguiente: «El pasado no debe desrealizarse para que nuestro futuro no se le parezca» (p. 77).

Por ello, apela Dahmer a una nueva moral que no silencie las atrocidades, sino que sea solidaria con las víctimas de la persecución sistemática en diferentes partes del mundo. La indiferencia es la que hace que el sentido moral no reaccione. El vacío moral que «normaliza» los crímenes hace que miremos con horror el pasado, sin que nadie quiera admitir que silenciar las atrocidades es hacerse parte de estas. La mayoría de la población prefiere cerrar los ojos y no hallar a los responsables de los hechos; con ello, se convierte en cómplice, y fomenta una antimoral que tolera los macrocrímenes. Los apóstoles de la amnesia y de la amnistía preparan el retorno del horror. No se puede olvidar el horror sin hacer memoria y tampoco se puede perdonar si no

ha habido una justa reparación. El proceso necesario de los juicios pendientes supone una defensa real de los derechos humanos.

La indignación ante la situación reinante permitirá la construcción de una nueva política, en la cual habrá que revisar nuestras lealtades y aprender a percibir como individuos a los hombres y mujeres que son incluidos en la categoría de los «otros» (los adversarios, los parias y las víctimas). La felicidad tendrá que superar su propia estrechez; su meta secreta es la felicidad de todos: el hecho de que, actualmente, solo unos cuantos sean felices es nuestra infelicidad (p. 95).

Con esta propuesta de Dahmer, se podría responder a las dos cuestiones planteadas por el ex presidente de la CVR en el año 2001: por qué ocurrieron los sucesos que el Perú hoy lamenta, y qué debe cambiar en nuestra vida común para que tales sucesos no tengan la posibilidad de repetirse. Asumir la complejidad que estas dos preguntas plantean y relacionarlas con la propuesta de Dahmer nos remite a dos acontecimientos centrales que han generado esperanza entre los afectados por el desplazamiento interno con respecto a que sus quejas serán, finalmente, atendidas. El *Informe final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación del Perú* reconoce como víctimas de guerra a la totalidad de los desplazados internos durante el conflicto, y pide que se les otorgue una amplia reparación como parte del proceso de reconciliación nacional. A su vez, en mayo de 2004 se adoptó una ley que, por primera vez, reconoce la situación especial y las necesidades particulares de los desplazados internos. Ahora, con la existencia de un adecuado marco de referencia legal, el gobierno tendrá que movilizar la voluntad política necesaria para implementar la ley y las recomendaciones de la CVR, y, con ello, dejar de lamentar más sucesos que no deben volver a repetirse.

El libro *La sociología después de un siglo de barbarie* es una gran contribución a la reflexión para estudiosos de diversas disciplinas que permitirá transitar y hacer memoria de manera seria y solidaria por los caminos históricos de un siglo marcado por la barbarie mundial para que esta no se repita. Los desafíos que quedan pendientes para un futuro desarrollo son algunos de los temas centrales que se plantean en este libro; a saber, la instauración de una nueva moral, una nueva política y una organización internacional de sociólogos. La pregunta es cómo hacer para que estos grandes fines no terminen reproduciendo la misma desigualdad y discriminación cultural que la sociedad impone.

Termino esta presentación con una cita de Dahmer: «No necesitamos nuevos planes de guerra para diez y más años sino un plan global de desarrollo para los próximos 100 años» (p. 121).

Felicito al doctor Dahmer por el trabajo realizado.

3 de noviembre de 2005